

En definitiva, tres excelentes trabajos, que marcan pautas metodológicas a la investigación americanista.

J. I. Saranyana

Battista MONDIN, *Dizionario enciclopedico dei Papi. Storia e insegnamenti*, Città Nuova Editrice, Roma 1995, 664 pp. + 32 láminas.

El Prof. Battista Mondin, Ordinario de Historia de la Filosofía Medieval en la Universidad Urbaniana (Roma), no necesita presentación alguna después de que sus diccionarios, publicados todos ellos en la presente década de los noventa, han obtenido resonante aprobación de los hombres de letras —filósofos y teólogos principalmente—. Estamos ante un experto del género: el *Dizionario enciclopedico di San Tommaso d'Aquino*, el *Dizionario dei teologi*, el *Dizionario enciclopedico de filosofia, teologia e morale*, avalan su prestigio.

El P. Mondin no pertenece a esa clase de contempladores del saber teológico o filosófico, que consideran sus respectivas disciplinas como lúceras supremas y tan inmutables —o casi— como la verdad misma; por el contrario, Mondin es —debe de ser— hombre 'de realidades', si se considera que el historiador es siempre un humanista y un afanoso de lograr —o evocar al menos en la medida posible— la palpitación impermutable de la vida y de la existencia. Él se describe a sí mismo como un apasionado de la ciencia histórica: y eso, en virtud de una tensión propia, inseparable de su traza y modo de ser: «ya durante el liceo —nos dice— me leí los veinte volúmenes de la *Historia Universal* de Cesare Cantú; y durante la teología me había devorado los dieciocho tomos de la monumental *Historia de los Papas* de Pastor» (p. 5).

Cesare Cantú es largo y ameno; Ludwig von Pastor es un modelo a contemplar. En cualquier caso, ése es su título para escribir de Historia: no por derecho de conquista, ni por títulos académicos —los suyos, obtenidos en Harvard, son en Filosofía y en Teología—; sino por naturaleza, por afición arraigada desde los tiempos de la adolescencia. «El acuerdo —escribe— fue de redactar el completo perfil de cada uno de los Papas, desde San Pedro hasta Juan Pablo II. Es lo que he intentado hacer en este volumen, dando mayor espacio a las figuras más importantes y menos a las secundarias, fijándome más en los Papas de los dos últimos siglos. Se sitúa a cada Papa en su momento histórico; se narra la vida de cada uno, se examina la multiforme actividad, se expone su magisterio, se presenta un balance de su obra. Y, puesto que todo lo que acontece en la Iglesia católica siempre se refiere en alguna medida al sumo pontífice, cada uno de los Papas acaba constituyendo un capítulo de la historia de la Iglesia. Por esta razón el presente diccionario puede ser utilizado también como historia de la Iglesia» (p. 5).

Tiene mucha razón el Prof. Mondin. Hay una franja, que es a la vez de separación y de contacto, entre algunos géneros libresco: las obras que se producen sobre esa franja pertenecen a la vez a uno y otro género, tienen —por decirlo así— doble carta de ciudadanía. Tal ocurre, por ejemplo, con bastantes manuales de historia —de la filosofía o de la teología o de las ideas o de los sistemas políticos o sociales—: en ellos se puede apreciar la íntima semejanza con un diccionario de autores o con un prontuario de sistemas: bastaría con añadirles unos buenos índices temáticos, onomásticos y unas buenas tablas cronológicas y se obtendría un fruto que bien podría llamarse diccionario. También sucede a la inversa: y el diccionario de Mondin es un buen ejemplo.

Ahí estriba el acierto editorial y comercial que sin duda se está ya comprobando.

El criterio que Mondin ha seguido para sus 'summa capita' coincide con la tabla oficial de los Pontífices Romanos —«secondo la cronotassi del «Liber Pontificalis» e delle sue fonti, continuata fino al presente»— (cfr. *Serie dei Sommi Pontefici Romani en Annuario Pontificio*). No es mal criterio para evitar confusiones impropias de un «diccionario-manual». Casos como el Cisma de Occidente significan un problema histórico de muy difícil solución y parece preferible atenerse —como lo hace Mondin— a la lista de más solvencia, aun cuando no se pueda dar sobre la cuestión canónica e histórica un dictamen inapelable.

Naturalmente una obra de este género no trabaja sobre fuentes primeras, no pretende ofrecer logros de primera mano, obtenidos en la investigación personal de repositorios o de yacimientos históricos de rango fontal. El género es de naturaleza divulgadora y en consecuencia el trabajo es fundamentalmente bibliográfico, se avalora con el conocimiento de los estudios más recientes y determinantes con respecto a cada cuestión. O sea que el autor de un diccionario como éste debe tener una gran cultura histórica y, a la vez, un criterio abierto, capaz de tener en cuenta opciones encontradas para ofrecer al lector una visión integradora y matizada, con indicación de los 'loci' que suministran la información. Y aquí Mondin es ejemplar. Se revela el rostro de un hombre de ciencia, que valora la positividad histórica. De hecho manifiesta aprecio muy relevante de excelencias bibliográficas como la *Historia de los Papas* de L. von Pastor —o también, por el contrario, la de L. von Ranke—; la *Storia dei Papi* de Franzen-Bäumer o la de Seppelt-Schwaiger, el *Liber Pontificalis* preparado por Duchesne o la *Historia de la Iglesia* de Jedin, por no citar monografías de autores diversísimos que recogen el actual momento cientí-

fico de cada cuestión. Tras cada uno de los artículos se hace indicación de los recursos y subsidios bibliográficos y el lector verá que se trata de material bien seleccionado y al día.

Tal vez se percibe una insistente denominación de la Iglesia católica como «Iglesia latina»: «Bajo el perfil ecuménico —dice—, el pontificado de León IX significó una quiebra todavía mayor, por cuanto señala la rotura definitiva entre la Iglesia latina y la Iglesia griega, y el comienzo del gran cisma entre Oriente y Occidente» (p. 151). A partir de aquí, Mondin se referirá repetidamente a la Iglesia católica como Iglesia latina. Así, por ejemplo, comentando el pontificado de Urbano VI (1378-1389) señala: «El trágico evento al que va unido el nombre de este Pontífice es el comienzo del gran Cisma de Occidente, que dividirá la Iglesia latina en dos tocones (y en cierto momento, hasta tres) por casi cuarenta años» (p. 259). Igualmente en la página 265: «El haber contribuido con la propia dimisión a la curación de la Iglesia latina de la grande, terrible peste del Cisma, es el mayor título conquistado por Gregorio XII durante su pontificado». A decir verdad, este modo de hablar —que se ha hecho tan común— merece excusa en la acostumbrada conversación diaria; pero no cabría esperarlo en obras inequívocamente prestigiosas como la presente.

Quien lea despacio los estudios de los Papas de los siglos XIX y XX deberá reconocer a Mondin el acierto magistral de quien ha sabido conjuntar la objetividad histórica con el tratamiento filial del que nunca debe desprenderse una personalidad cristiana auténtica. Muy especialmente los Papas del siglo XX son contemplados con la palpación existencial que caracteriza a un cronista y resultan semblanzas cálidas y hermosas. Cabría decir que la historia es 'de praeteritis'. Y la afirmación no tendría vuelta de hoja. Pero el diccionario de Mondin

lleva como subtítulo el de *Storia e insegnamenti*. En tal sentido, un severo criterio histórico no lograría justificar la supresión de las enseñanzas del presente pontificado, excluyéndolas de un libro que tiene la naturaleza formativa propia de un manual de estudio. Sólo me queda felicitar al P. Mondin por este pequeño 'capolavoro'.

E. de la Lama

John H. NEWMAN, *Perder y ganar*, traducción del inglés y estudio preliminar de Víctor García Ruiz, Eds. Encuentro, Madrid 1994, 335 pp.

La actividad novelística de J. H. Newman (1801-1890) representa una parte muy pequeña de su vasta obra —principalmente teológica— de noventa volúmenes. Se limita a dos relatos, titulados *Loss and Gain* y *Callista*, publicados en 1847 y 1855, respectivamente.

Loos and Gain, traducida recientemente al español por el Prof. Víctor García Ruiz con el título *Perder y ganar*, es una novela de conversión, en la que el autor describe el clima religioso de Oxford, y narra artísticamente y mediante personajes supuestos, los episodios y situaciones que desembocaron en su abandono del anglicanismo y consiguiente recepción en la Iglesia católica.

Como muchas obras de Newman, *Perder y ganar* no nació como fruto de un designio madurado desde tiempo atrás. El autor se vio noblemente impulsado a novelar este decisivo tramo de su vida, en parte para aliviar la difícil situación económica del editor y librero londinense James Burns, que sufría un severo ostracismo profesional y social por su conversión al catolicismo. Pero en cualquier caso, vemos de nuevo en acción de irresistible tendencia autobiográfica de Newman, que se manifestaría gloriosamente en

la *Apologia pro vita sua*, diecisiete años después. Publicado al principio anónimamente, Newman no colocó su nombre en la cubierta de *Perder y ganar* hasta la sexta edición, aparecida en 1874. Otro motivo detrás de la composición de la novela fue la publicación de una obra anónima, titulada *De Oxford a Roma*, en la que a los conversos oxonienses se les acusaba de doblez. Newman trató de mostrar que estos hombres no eran seguidores extravagantes de un credo extranjero, sino más ingleses aún que sus adversarios, y con mejores credenciales para hablar como gente de Oxford.

Un rasgo indiscutido de la llamada edad victoriana compleja y heterogénea en otros muchos aspectos, es la preocupación general y constante por la religión, que se veía bien representada en todos los géneros literarios. Desde 1830 el público lector de libros *religiosos*, en un sentido amplio del término, crecía continuamente. Newman fue un gran predecesor en el terreno novelístico de la denominada literatura de conversión. Prestó su contribución pionera con esta obra de estilo realista y tono dramático, en la que reflejó no sólo su propia experiencia espiritual, sino también una patente inclinación hacia la descripción gráfica y humorística, a la vez que transmitía al lector la total seriedad del tema. Newman señala las ironías que se contienen en los asuntos humanos y en los designios inescrutables de la Providencia, que preside y orienta los destinos del hombre.

Perder y ganar se refiere en su título a los nobles cálculos que un posible converso tenía que hacer antes de decidir un paso que dividiría su vida en un antes y un después, y, en el caso de la Inglaterra del siglo XIX, le penalizaría ciertamente con una cruel discriminación social.

Newman no concibió su novela como una obra apologetica del catolicismo o de los conversos. Su intención es más profunda.